

Respuesta

Definiendo “nosotros” y “ellos” nuevamente
La misiología como comunidad cristiana personificada
Por
Jamie Gates

Bryan Stone ha llamado cuidadosamente y creíblemente nuestra atención a entender “misión” como una comunidad que llamamos “iglesia” fundamentalmente arraigada en “adorando, reconciliándose, perdonándose, pacífica, compasiva, justa, e inclusiva.” Aplaudo la deconstrucción de Stone con respecto al debate viejo sobre si debemos establecer un orden de preferencia entre “evangelismo personal” o “ministerios de compasión,” como si todavía estuviéramos navegando torpemente entre el Charybdis de Rauschenbush y el evangelio social y el Scylla de fundamentalismo y sus tendencias atomistas y solipsistas.¹ La Iglesia es Cristo encarnado. La Iglesia es el testigo de Cristo en el mundo. Por identificarnos como nazarenos, somos parte de esta Iglesia. Nuestra tarea es determinar cuanto más podemos ser consistentemente y comprensiblemente fieles a Dios, como ser este testigo personificado. A este fin, me gustaría poner unas preguntas sobre cómo se parecería o no se parecería este “lugar encarnado de santidad.”

Mientras académicos, teóricos culturales, y teólogos en particular, están rápidos en publicar su elogio a la modernidad, estoy tan segura que ésta está menguando. Al contrario, el poder de la modernidad como ideología dominante y metáfora organizadora nunca ha sido más fuerte. El clima político actual en el mundo “pos-once de septiembre,” con su identificación de la providencia de Dios con el nacionalismo estadounidense y la solidaridad creciente del norte global, es solamente la seña más obvia. Aún en la iglesia, nuestras estructuras y relaciones están muy condicionadas por el lenguaje y formas del liberalismo, el capitalismo tardío, y, específicamente, relaciones al estilo comercial.

Aunque más de la mitad de la membresía de nuestra iglesia yace afuera de los Estados Unidos, nuestras estructuras eclesiales y cultura están profundamente arraigadas en imágenes norteamericanas y prácticas que son en sí un producto del moderno experimento liberal.² Con el crecimiento de nuestra iglesia como institución, ¿hemos creado una junta de Superintendentes Generales que se parece y funciona como una mesa directiva típica de una empresa estadounidense en vez de una junta elegida de entre nuestras filas internacionales? ¿No sería mejor elegir a un concilio de sabios internacionales que nos dirigiría en perspicacia y visión teológicas? En nuestra prisa a “expandir nuestros territorios,”³ ¿hemos pedido que nuestros Superintendentes de Distrito sean gerentes de medio nivel, principalmente

¹Nota del traductor: Las alusiones metafóricas al Charybdis y Scylla son a la *Odisea* de Homero. Odisio tuvo que navegar su barco entre los dos peligros de Charybdis el torbellino y Scylla el monstruo de seis cabezas

² Lea D. Stephen Long, *Divine Economy: Theology and the Market* [La economía divina: la teología y el Mercado] (London: Routledge, 2000).

³ Note la costumbre popular en los Estados Unidos de “la oración de Jabez.”

responsables para control de presupuestos de distritos, reclutamiento de labor, y resolución de disputas en vez de ser el pastor de pastores? Con nuestras elecciones democráticas, ¿*bemos empleado* a nuestros pastores para que sean gerentes de sucursales con todas las técnicas más modernas en “la gerencia de iglesias?” Además, ¿les requerimos que presenten informes que principalmente les premian por aumentos en las asistencia y finanzas en vez de que nos instruyan en “la santidad eclesial,” esta “nueva realidad social”?

Las prioridades de crecimiento en la iglesia están controladas más por consideraciones sociológicas que por consideraciones teológicas. Mis colegas antropólogos, por ejemplo, han mostrado la eficacia del principio de la unidad homogénea al aplicarlo al crecimiento de asistencia. Pero en nuestro intento de ser culturalmente relevante, ¿quién pregunta si la iglesia verdaderamente se parece a “nichos” que son preparados eficazmente por la mercadotecnia para consumidores conscriptos? En nuestro intento de ser sensible culturalmente, ¿quién pregunta si verdaderamente debemos organizar distritos y equipos de líderes al estilo “apartheid” o culturalmente segregados? No podemos ser el Cuerpo de Cristo visible si continuamos diseñando “estrategias para misiones” que están basadas en técnicas de mercadeo que empacan a gente en cajas culturales reconstruidas cuidadosamente con la noción neo-colonial del “otro” quien es radicalmente diferente. Amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, alma, mente, y fuerza y nuestro prójimo como nosotros mismos nos requiere que reexaminemos cuidadosamente nuestras categorías de “nosotros” y “ellos.”

Es difícil desarrollar instrucción que nos lleva a “subvertir un orden existente e injusta,” si nos esforzamos a parecernos como el orden mismo. La Iglesia debe ser un testigo profético a lo que Dios hace posible. Kathleen Norris indica que “la tarea de un profeta es revelar las líneas sísmicas escondidas de bajo de la superficie cómoda de los mundos que inventamos para nosotros mismos, los mitos nacionales tanto como las mentiras pequeñas y delusiones de control y seguridad que nos lleva por el día.”⁴ La Iglesia debe personificar las voces y las vidas de los profetas mientras que demandan la justicia y la reconciliación. Si la Iglesia ha de ser un lugar donde “órdenes sociales actuales están volteados y al revés,” debemos encontrar maneras para vivificar la justicia de Dios y llamar a la reconciliación. Podemos comenzar por caminar con aquellos en los márgenes. Desempeñar la justicia no es asegurar que todos reciban exactamente lo que él o ella merezca basado en la ley o la suposición de mérito. El llamado de Dios para practicar la justicia significa practicar la gracia y la misericordia para con todos, especialmente aquellos que no tienen poder para conseguirlas por sí mismos. Como Dios reveló por el profeta Miqueas, “¡Ya se te ha declarado lo que es bueno! Ya se te ha dicho lo que espera de ti el SEÑOR: practicar la justicia, amar la misericordia, y humillarte ante tu Dios.”⁵

⁴ Kathleen Norris, *The Cloister Walk* [*El andén del claustro*] (New York: Riverhead Books, 1996), 34.

⁵ Miqueas 6:8 NVI.